

LAS CONTEMPLACIONES

PREFACIO

Si el autor pudiera tener algún derecho para influir sobre la disposición del espíritu de los que abran su libro, el autor de LAS CONTEMPLACIONES se contentaría a decir: Este libro debe leerse como si se leyera el libro de un muerto. Veinticinco años se encierran en los dos volúmenes que comprende este libro, que el autor ha dejado, por decir así, que se formase por sí mismo. La vida, filtrándose en él gota a gota al través de los dolores y de los acontecimientos, los ha depositado en su corazón. Los que hacia él se inclinan, verán reflejarse su propia imagen en el agua que se ha ido acumulando lentamente en el fondo de un alma.

¿Qué son LAS CONTEMPLACIONES? Es lo que podría llamarse, si la frase no fuera presuntuosa, las *Memorias de un alma*.

Efectivamente, son todas las impresiones, todos los recuerdos, todas las realidades, todos los vagos fantasmas, rientes o fúnebres, que puede encerrar una conciencia, reaparecidos y recordados rayo a rayo, suspiro a suspiro, y que se confunden en la misma sombra; es la existencia humana saliendo del enigma de la cuna y terminando con el enigma del ataúd; es un espíritu que marcha de claridad en claridad, dejando tras sí la juventud, el amor, la ilusión, el combate, la desesperación, y que se detiene asustado en las orillas de lo infinito. Es un libro que empieza por una sonrisa, continúa con un sollozo y termina por oír el clarín de los abismos. Un destino humano está escrito en él día por día.

¿Es el destino de la vida de un hombre? Sí, pero también es el de la vida

de los demás hombres. Ninguno de nosotros puede jactarse de poseer una vida que pertenezca a él únicamente. Mi vida es la vuestra, la vuestra es la mía; vivís como yo vivo, nuestro destino es el mismo. Contemplaos en este espejo y veréis cómo os retrata. Se critica a los escritores cuando dicen «yo», sin saber que hablando de ellos, hablan de los demás hombres.

Repetimos que este libro encierra la individualidad del lector lo mismo que la del autor. *Homo sum*. Tratar de los tumultos, de los rumores, de los susurros, de las ilusiones, de las luchas, de los placeres, de los dolores, del trabajo, del silencio, reposar en el sacrificio, en este reposo contemplar a Dios; empujar por la multitud y concluir por la soledad, ¿no es hablar de las proporciones individuales y reservadas, estas, de la historia íntima de todos?

No debe, pues, extrañarse ver que estos dos volúmenes se oscurezcan poco a poco, para llegar, sin embargo, al azur de una vida mejor. La alegría, que es la flor efímera de la juventud, desaparece hoja página a página en el tomo primero, que es la esperanza y desaparece en el segundo tomo, en el que domina el duelo, ¡y qué duelo!, el verdadero, el único, el de la muerte; el de la pérdida de los seres queridos.

Acabamos de decirlo: refiérese la historia de un alma en los dos volúmenes titulados: *En otros tiempos* y *En la actualidad*, y separa estos dos volúmenes el abismo de la tumba.

V. H.

Guernesey, marzo de 1856.

EN OTROS TIEMPOS (1830-1843)

Vi un día, de pie, en la costa, surcar las movibles olas, infladas sus velas, rápido navío, impulsado por los vientos; y oí, entre el abismo del mar y el abismo del cielo, hablarme al oído una voz misteriosa, que salía no sé de dónde y que me decía:—«Haces bien, poeta de triste aspecto, en soñar en ese solitario sitio y en oír lo que se desprende del murmullo incesante de las olas. El destino del hombre, en su desgracia o en su felicidad, es un mar, con sus vientos y con sus astros, en el que la nave es el hombre.»

15 de junio de 1839.

LAS CONTEMPLACIONES

LIBRO PRIMERO

AURORA

I

*
* *

A MI HIJA

Hija mía, ya ves que me resigno :
imítame y vive apartada del mundo.
Triunfante y dichosa no podrás vivir,
pero sí resignada.

Todos los hombres se quejan de su
suerte ; todo les falta para ser felices :
todo, hija mía, sólo quiere decir poca
cosa.

*
* *

*
* *

Sé buena y cariñosa, eleva al cielo la
frente compasiva ; como la luz brilla en
el firmamento, pon, hija mía, tu alma
en el azul de tus ojos.

Esa poca cosa es lo que por su parte
cada uno desea y busca en el mundo :
una palabra, un nombre, un puñado de
oro, una mirada, una sonrisa.

*
* *

*
* *

Nadie en el mundo es dichoso, nadie
triunfa ; todo en él es incompleto ; las
horas de nuestros días son una sombra,
y esta sombra, hija mía, compone nues-
tra vida.

Falta la alegría al gran rey, que está
privado de amar ; le falta al desierto in-
menso una gota de agua. El hombre es
un pozo en el que cada día se hace el
vacío.

Contempla a esos pensadores que divinizamos, a esos héroes que nos admiraron, cuyos nombres iluminan siempre nuestros sombríos horizontes.

Después que como brillantes antorchas deslumbraron al mundo con su luz, fueron a buscar en el sepulcro un poco de sombra.

El cielo, que conoce nuestras aficciones, tiene piedad de nosotros al ver que gozamos en los días alegres, y todas las mañanas moja con su llanto de rocío nuestras auroras.

Dios ilumina a cada paso que damos sobre lo que es El y sobre lo que somos nosotros, y sujeta a una ley todo lo de aquí abajo y a los hombres.

Necesario es conformarse con esta ley santa, que todos podemos cumplir: ley que consiste en no odiar a nadie, hija mía, en amar a todos y en apiadarse de todo.

París, octubre de 1842.

II

El poeta sale al campo, que admira y adora; el poeta sale al campo que inspira, y en cuanto le ven, todas las flores, las que con sus colores hacen palidecer a los rubíes, las que eclipsan los colores de las colas de los pavos reales, las pequeñas flores de oro y las pequeñas flores azules, agitando sus ramilletes con alegría y familiarmente, dicen unas a otras inclinándose con coquetería:—«¡Mirad, ya viene nuestro enamorado!» Y con murmullos confusos, bañados de luz y de sombra, los árboles que viven en los bosques, los árboles añosos, los tejos, los tilos, los acebos, los rizados sauces, las venerables encinas, los altos olmos, que tienen los pies cubiertos de musgo, saludan profundamente al poeta, como lo saludan cuando aparece el mufti, doblando hasta el suelo el tupido ramaje de sus frentes y sus barbas de yedra, murmurando en voz baja:—«¡Ya está ahí el soñador!»

Les Roches, junio de 1831.

III

MIS DOS HIJAS

Al fresco claroscuro del crepúsculo vespertino, mis dos hijas, una parecida al cisne y otra a la paloma, hermosas y alegres las dos, la grande y la pequeña, están sentadas en el borde del cuadro del jardín, y sobre ellas un ramillete de claveles blancos, que salen largos y frágiles tallos de una maceta de mármol, agitado por el viento,

inclina hacia ellas, las mira inmóvil, y alburas son como estrofas amorosas; estremeciéndose, parece que sea esa el cisne exclama:—«¡Luz!» La flor de mata de claveles una bandada de mariposas grita:—«¡Clemencia!» El cielo se abre al oír ese cántico como un oído inmaceta para contemplar extasiada a mis hijas.

La Terrasse, cerca de Enghien, junio de 1842.

IV

El firmamento está inundado de vasta claridad y la naturaleza respira inocencia, esperanza y alegría. El lago tranquilo brilla en el fondo del valle que le encierra; los campos se fecundizan, los viñedos pónense en sazón; todo rebosa savia, vida y murmullo; las ramas verdes, el azul fulgurante, el agua que brilla, los pájaros que cantan. ¿Qué tiene la mariposa? ¿Qué tiene la langosta? La langosta tiene la hierba, la mariposa tiene el aire, y las dos disfrutan del abril, que ríe bajo un celaje diáfano. La naturaleza entera parece que entone un cántico, que sube hasta los cielos convertido en plegaria. El pollo corre, el niño juega y brinca, el cordero trisca, y dejando caer el agua gota a gota, enternecido el antro, llora de alegría como un hombre dichoso; el viento lee a alguno un invisible pasaje del poema sublime de la creación; los pájaros hablan a los perfumes; las flores hablan a los rayos solares; los pinos hacia los estanques dirigen sus verdes sombras; de los nidos salen cantos. El firmamento halla hermosa a la tierra; están flotando en ella a un mismo tiempo todas las estaciones; allí el otoño, aquí el verano, más allá la primavera; el hosanna de los bosques, de los ríos y de las llanuras se eleva gravemente hacia Dios, padre del día, y todas las

abre al oír ese cántico como un oído inmenso. Atardece; el globo deslumbrado a su vez se convierte en un ojo enorme que mira a la noche; saborea extasiado la inmensidad sagrada, contemplando la esplendidez del emíreo, las nubes de crespón y de plata, el cenit que, formidable, brilla y centellea, los astros diamantinos, los efluvios de lo sombrío y de lo profundo que se confunden con vuestras efusiones. El infinito entero queda absorto, arrobado, y durante este tiempo el envidioso Satanás desvaría.

La Terrasse, abril de 1840.

V

A ANDRÉS CHENIER

Sí, creo que mis versos pueden pedir prestado a la prosa su aire familiar sin hacer por esto una mala alianza. Es cierto, Andrés; me gusta que la lira se ría alguna vez, y voy a explicártelo. Cuando era yo muy joven y me empeñaba en leer en el difícilísimo libro de las selvas y de las aguas, habitaba un parque sombrío, en el que charlaban multitud de pájaros y en el que sonreían las clemátides azules. Un día que estaba meditabundo en el parque, una alondra me dijo:—«Es necesario descender al mundo alguna vez.» La naturaleza es algo burlona cuando se halla cerca de los hombres, y tus cantos, poeta, se le parecerían más si fuesen menos pomposos. Las selvas suspiran, pero también silban. El azul del cielo brilla cuando refleja la alegría de éste, y el Olimpo es grandioso cuando se

rie; no llora el viento cuando rugen lamente, y las olas gigantescas no cantan romances, y la naturaleza, en el fondo sombrío de los siglos, emparejando a Rabelais con el Dante, al lado del inmenso dolor coloca la risa estrepitosa.

Les Roches, julio de 1830.

VI

LA VIDA EN EL CAMPO

Por la tarde pasean por la campiña el pobre recorriendo su campo y el rico sus dominios y yo por todas partes; porque el poeta está persuadido de que toda la naturaleza es del dominio de Dios. Salgo a pasear solo, a contemplar y a meditar; no obstante, si alguno quiere acompañarme por el camino, no le rehuyo. Todos los hombres tienen algo en el alma, y cada uno de ellos es un libro en el que Dios escribió; cada vez que cae en mis manos uno de esos libros a que hago referencia, en los que vive un alma, procuro leerle.

*

* *

Todas las tardes salgo y no paso de largo ante las casas de mis amigos. Tomamos el fresco en familia en el fondo del jardín; me siento en medio de los árboles, y sin saber por qué, todos los niños me rodean en cuanto me ven sentado. Seguramente porque saben que participo de sus mismos gustos; recuerdan, sin duda, que, como a ellos, me gustan el aire libre, las flores, las mariposas y los insectos; no ignoran que soy apasionado de los niños, que me complazco en jugar con ellos, y que hallán-

dose conmigo pueden hablar en voz alta, gritar, mover alboroto; que yo, cuando tenía su edad, reía y alborotaba también como ellos; y aun ahora, cuando soy testigo de sus debates, les sonrío sin cesar, aunque estoy triste; saben que no me molestan, y se divierten conmigo porque les hago juguetes de cartón, dibujos con la pluma y les cuento por las noches interesantes historietas.

*

* *

Por eso, apenas me ven todos corren hacia mí, y dejando los juegos que los entretenían a mi llegada, me rodean alegres y riendo y se me encaraman en las rodillas; los mayorcitos, con aspecto grave, me traen los nidos de mirlos que han cogido, álbumes, lápices que les han enviado de París, me hacen muchas consultas, me abruman a preguntas y charlamos, y todos ellos se ríen; me regocija verles alegres; pero no con risa irónica y sarcástica, sino con risa cándida, con esa risa que a la vez abre la boca y el corazón y que enseña a un mismo tiempo almas y perlas.

*

* *

Elogio los lápices, los álbumes, los nidos de mirlos, y algunas veces me elocencen, cuando los elogio mucho, que es de mi misma opinión el señor cura. Luego, cuando todos juntos han charlado cuanto les ha venido en gana, callan de repente; los mayores apoyándose en la silla donde estoy sentado y los pequeños agrupados en torno mío. Su silencio quiere decir: «Cuéntanos algo»

*

* *

Entonces les hablo de todo. Mis conversaciones siembran en sus espíritus ideas o hechos. Como me tienen cariño, les agrada todo lo que les digo. Les señalo con el dedo el cielo, donde Dios habita, y el astro que en él brilla. Me escuchan hasta con los ojos. Les enseño que es necesario pensar, imaginar y buscar; que Dios bendice al hombre, no por haber encontrado, sino por haber buscado. Estimulo en ellos la caridad, les impulso a que den limosna a los pobres y a que sigan las lecciones que se les enseñen; les explico lo que es la vida, y que en el fondo de nuestras pesadumbres debe resplandecer la bondad lo mismo que en el fondo de nuestros goces y de nuestras venturas; que ser buenos es vivir bien, y que la adversidad debe privarnos de todo menos de la bondad del corazón; les inculco cómo los perversos obran mal acusando a Dios; porque ningún hombre en el mundo tiene derecho, al recorrer el camino, teniendo derecho a dejarlo, a decir que tú le creaste malvado, Señor, porque el malvado es inútil.

*

* *

Les hablo también de historia; les explico la miseria del pueblo judío maldecido, que al fin hay que bendecir; les hablo de Grecia, que resplandece hasta en el porvenir; de Roma, del antiguo Egipto y de sus llanuras sin confines y de todo lo que se ve en ellas sombrío y siniestro; lugares horribles, en los que todo muere, en los que termina el ruido del mundo. Todos esos demonios

tallados en bloques de granito, que constituían el Olimpo monstruoso de aquellas ignoradas épocas, las esfinges, los anubis, los ammones, los mercurios, se hallan sentados en el desierto desde hace cuatro mil años. En torno de ellos soplan los vientos, y las ardientes arenas les cubren como olas enormes, sobre las que sacan la cabeza; la piedra mutilada conserva algo de la forma de la estatua o del espectro, y recuerda al punto los pliegues que forma un paño sobre el rostro de un muerto, en el que aun no se han borrado la frente, la nariz, la boca, los ojos y un no sé qué espantoso y feroz que mira y que ve; máscara vaga y repulsiva. El viajero que de noche pasa por allí se espanta y cree ver a la luz de las estrellas, gigantes encadenados que permanecen mudos y tapados con velos.

La Terrasse, agosto de 1840.

VII

RESPUESTA A UN AUTO DE ACUSACIÓN

A vuestros ojos soy un ogro, y en el caos del siglo, que marca vuestro corazón, he pisoteado el buen gusto y la antigua poesía francesa y he dicho audazmente a la sombra: *Fiat*, y la sombra fué. De esto me acusáis. Se extinguió la claridad de la lengua, del arte, de la tragedia y de los dogmas, y de ello soy yo el culpable porque a su extinción he contribuido. He sido la piqueta que ha desmoronado todo eso, según vuestro punto de vista. Pues bien; acepto vuestra acusación, ya que vuestra prosa indignada me designa ese papel, y ya que decís que soy un hombre vano y pedante, os doy las gracias. El camino que hace el tiempo, que única-

mente sale de una iglesia para entrar en otra y que se civiliza, y las grandes cuestiones sobre el arte y sobre la libertad, permito que las examinemos en su aspecto menos importante. Convengo con vosotros en que soy ese hombre aborrecible, y aunque creo haber cometido algunos crímenes más de los que me reprocháis, me concreto a confesar que he tocado cuestiones oscuras, que he sondeado las palabras, que he insultado las albardas de los asnos antiguos, que he sacudido el pasado de arriba a bajo y saqueado, no sólo el fondo, sino también la forma; sí, soy ese enorme monstruo, el demagogo horrible y desbordado, el devastador del viejo A. B. C. D.; pero hablemos.

*
* *

Cuando salí del colegio, hastiado de temas de versos latinos, era un niño pálido, adusto y grave, de frente pensativa, de cuerpo frágil, que con afán de comprender y de juzgar abrí los ojos para ver la naturaleza, el arte y el idioma; el pueblo y la nobleza eran a la sazón semejantes a nuestro reino, la poesía era la monarquía; una palabra era duque y par, yo sólo era un escritorzuelo; las sílabas no se mezclaban, eran las mismas en París y en Londres; caminando sin confundirse, a pie o a caballo, atravesaban el puente Nuevo; la lengua permanecía en el estado en que se encontraba antes del Noventa y Tres; las palabras, bien o mal nacidas, vivían por castas; unas eran nobles y se hombreaban con las Fedras, con las Yocastas y con las Méropes, teniendo el *decorum* por ley y subiendo a Versailles en las carrozas del rey; las otras palabras eran de la clase baja, patibu-

larias, que vivían en los pueblecillos, y algunas en las penitenciarias, propias para presidiarios, andrajosas, descalzas, sin peluca, que sólo se usaban en la prosa y en las farsas, viles, rústicas, que únicamente expresaban la vida familiar y abyecta, a propósito para ser empleadas por Molière. Racine las miraba oblicuamente: si Corneille encontraba alguna de ellas embutida en sus versos, la ocultaba, pero no lo bastante para que Voltaire no pudiera decir que Corneille se encanallaba. Entonces apareció yo en la palestra exclamando: «¿Por qué se han de usar unas palabras y otras no?» Y contra la Academia viciosa y anticuada, que ocultaba bajo sus faldas a los asustados tropos y a los batallones monótonos de alejandrinos, hice que soplara el viento de la revolución, poniendo el gorro frigio al antiguo diccionario. ¡Nada de palabras nobles ni palabras plebeyas! Promoví una tempestad en el fondo del tintero, confundiendo, entre obscuridades desbordantes, el negro pueblo de las palabras con la bandada blanca de las ideas, dije: «Con todas las palabras del idioma se pueden expresar todas las ideas elevadas.» Al oír esta horrible frase, la silepsis, las hipallages y las litotes temblaron; subí sobre el trascantón de Aristóteles y declaré que las palabras todas eran iguales, libres y mayores de edad. Los invasores, los saqueadores, los tigres, los hunos, los escitas y los dacios eran falderillos comparados conmigo, porque yo había saltado fuera del círculo y había roto el compás. Llamé al cerdo por su nombre, al que Guichardín designaba con el de Borgia y Tiberio con el de Vitellius. Fui un salvaje inaplacable y explícito: me atreví a quitar del cuello del perro atónito el collar de epítetos; en la hierba, a las sombras

de las malezas, hice fraternizar a la vaca con el ternero, siendo la una Margotón y la otra Berenice. Entonces la oda se embriagó abrazando a Rabelais; sobre la cumbre del Pindo se bailaron danzas populares; las nueve Musas, con los senos desnudos, cantaron la Carmañola; el énfasis se estremeció en su gorguera española, el asnero Juan se casó con la pastora Mirtila. Hice desaparecer el alabastro, la nieve y el marfil, de los que tanto abusaban en los símiles poéticos, y retiré el azabache con que se comparaban las pupilas negras y me atreví a decir sencillamente que los brazos eran blancos. Violé el cadáver todavía caliente de la poesía, haciendo entrar ¡qué horror! en ella los números. Muchas frases que Resistant peinaba todas las mañanas, lo mismo que a Luis XIV, llevaban aún peluca, y la revolución, tocando a rebato, intimó a esas cabelleras: «¡Transformaos, que ya es hora!» La peluca rugió entonces y se transformó en melena. Por amor a la libertad, de este modo nos rebelamos, y de falderillos nos convertimos en leones, y las ráfagas del huracán que soplamos hicieron que levantasen llamas toda clase de palabras. Pegué en las esquinas nuestras proclamas, llamando a las armas a la prosa y al verso, incitándolos a formarse en batallones, haciendo ver que habíamos llegado a una época en que la estrofa estaba amordazada, la oda cargada de grillos y el drama prisionero en una célula, y que sobre Racine muerto pululaba Campistrón. Boileau rechinó los dientes, y yo le dije: «¡De hoy en adelante, silencio!» Guerra a la retórica y paz a la sintaxis, y el Noventa y Tres estalló, entrando el exterminio en el antiguo régimen, y yo aplaudí como un frenético bebedor de sangre y de frases, cuando vi, por medio de espumantes estrofas y expresándose en valiente estilo, acogotar en la calle al arte poético, y cuando vi en el patíbulo, colgada, por medio de las frases que el buen gusto proscribía, la palabra aristocrática. Sí, soy ese Dantón, soy ese Robespierre. En realidad de verdad, esos son algunos de los crímenes que he cometido; me apoderé y demolí las Bastillas de las rimas. Hice más; rompí todas las cadenas que sujetaban a las palabras viles y saqué del infierno las lecciones sepulcrales de las antiguas frases condenadas; aplasté las espirales de la perífrasis, mezclé, confundí y nivelé el alfabeto, sombría torre que nació en Babel, a sabiendas de que la mano encolerizada que así emancipaba las palabras, emancipaba también el pensamiento. La unidad es el atributo de los esfuerzos del hombre; todo se reúne en la misma flecha y da en el mismo blanco.

*
* *

Heme aquí, pues, confeso y convicto de muchos de mis crímenes, y vengo a entregaros mi cabeza, diciendo contrito y repitiendo hasta la saciedad el *mea culpa*. Si Beauzée es Dios, yo soy, en verdad, ateo. La lengua estaba en orden, era augusta y pura, festoneada con flores de lis de oro, reglamentada por Tristán y Boileau, con techo azul, con sus cuarenta sillones que rodeaban el trono; yo la he perturbado y hasta he roto algunos muebles de su salón augusto; el vocablo propio era un rústico; no era más que cabo, yo le ascendí a coronel; al pronombre personal le convertí en jacobino; el participio, que era un esclavo de blanca cabeza, lo tro-

qué en hiena, y del verbo hice una hiedra anárquica. Ya os dije que el reo está confeso y convicto. Castigadle. Llamé a las fosas nasales, nariz; llamé a la fruta dorada, pera; arengué a las palabras, diciéndolas: «Constituid una República, sed un hormiguero inmenso y trabajad: ¡creed, amad y vivid!» Nada respeté, y con tristeza arrojé los versos nobles a los perros humildes de la prosa.

*

* *

Otros, empero, y mejor por cierto, hicieron lo que hice yo. Calíope, Euterpe y Polimnia perdieron ya su gravedad ficticia. Hemos puesto contrapeso a la balanza hemistiquio; es verdad, debéis maldecirnos. El verso, que en otros tiempos se ceñía siempre las sienas con doce plumas formadas en círculo y que saltaba continuamente en la doble raqueta, que se llama prosodia, y etiqueta también, rompe ya para siempre la regla; es un volante que se convierte en pájaro y se escapa de la jaula de la cesura, corre por los barrancos, o vuela hasta los cielos como alondra divina.

*

* *

Todas las palabras son al presente muy claras; los escritores han emancipado la lengua, y gracias a esos bandoleros, lo verdadero destierra al enjambre de los pedagogos, la imaginación pendenciera y tumultuosa rompe las ventanas que tapaban el espíritu de los ignorantes, la poesía con su triple frente, que ríe, suspira y canta, que Plauto

y que Shakespeare sembraron, el uno en la plebe y el otro en el populacho, que derrama en las naciones la paciencia de Job y la razón de Horacio, y que sagrada loca de fulgurantes miradas asciende a la eternidad, con el transcurso del tiempo, vuelve a parecer; la Musa vuelve a ocuparse de los mortales, llora por la miseria humana, hiere y conforta, va desde el cenit hasta el nadir, y hace brillar sobre todas las frentes su vuelo, que es un torbellino; su lira, que es un huracán de chispas, y sus millones ojos y sus millones alas.

*

* *

El movimiento completa su acción. Gracias a ti, santo progreso, la revolución vibra hoy en los aires, en las voces y en los libros. En la palabra palpita la siente vivir el lector; grita, canta, enseña y ríe; su lengua está tan emancipada como su espíritu. Penetra en la novela y habla en voz baja a las mujeres. Empieza a abrir ahora sus dos ojos brillantes, mirando con uno al ciudadano y con el otro al pensador. Coge la mano a su hermana la Libertad y le hace nacer penetrar por los poros de todos los hombres. Los prejuicios que se forman como las madréporas, del sombrío amontonamiento de los abusos de los tiempos, se disuelven con el choque de todas las palabras flotantes llenas de voluntad, de su objeto y de su alma. Ella es la prosa, es el verso, es el drama, es la expresión, es el sentimiento; brillan como faroles en la calle y como estrellas en el firmamento. Penetran en las profundidades del lenguaje insondable, soplan al arte, portavoz formidable, y después de haber llenado con

dignidad al pueblo, desarrugan el ceño de las frentes, mejoran a la multitud degradada, y después de convertirse en derecho, se convierte en idea.

París, enero de 1834.

VIII

CONTINUACIÓN

Es necesario convencerse de que la palabra es un ser vivo. La mano del soñador vibra y tiembla al escribirla; la pluma que de sus alas alarga la extensión, rasga el papel al trazarla. La palabra, el término, tipo venido de no se sabe dónde, faz de lo invisible, aspecto de lo desconocido, ¿quién lo creó? ¿Quién lo forjó? Saliendo de la obscuridad, ascendiendo y descendiendo en nuestra imaginación, y encontrando siempre el sentido, como el agua el nivel, formula claridades flotantes en el cerebro.

*

* *

Seguramente comprenderéis todos que las palabras representan objetos, y que ruedan confusamente por el abismo obscuro de la prosa, o hacen rugir al bosque tempestuoso del verso. La palabra conoce el secreto de la esfinge que se llama espíritu humano. La palabra quiere o no quiere, corre como hada o como bacante, se ofrece, se entrega o huye ante Nerón que canta o Carlos IX que frunce el ceño; tal palabra es una sonrisa, tal otra es una mirada; hay palabras profundas que hacen meditar al hombre; toda fuerza en el mundo tiene la palabra por múltiple; modelada se-

gún el cerebro, viva o lenta, grave o corta, el hueco del cráneo humano le da su relieve y la antigua marca queda en él cerca de la nueva; lo que una palabra no sabe, otra lo revela; las palabras chocan en la frente como el agua en los arrecifes; hormiguean, abriendo en nuestro pensador espíritu garras o manos, y algunas abren alas. Como sobre un hogar obscuro saltan chispas, tristes, alegres, siniestras o dulces, las palabras van y vienen en nuestro pensamiento; las palabras son los transeúntes misteriosos del alma.

*

* *

Cada una de ellas nos trae una sombra o enciende una llama, cada una de ellas guarda una región del cerebro; porque la palabra se llama legión, y por eso cada una, con el trabajo común, hace obra diferente; porque de esa multitud de signos y de sonidos, que escribiendo o hablando se escapan de nosotros, nacen los gritos, los cantos, los suspiros, las arengas; por eso, presente en todas partes, emana, escondida en el idioma, la palabra; tiene bajo sus pies el globo y lo esclaviza; y así como el hombre es el animal donde vive el alma, esa claridad celeste que aprisiona el cuerpo, así la palabra es el animal que encierra la idea.

* *

La palabra hace que todo vibre en el fondo de nuestros espíritus; todo lo remueve en ellos: Beatriz, Licoris, Dante en el Campo Santo y Virgilio en Paúsilo; es el obscuro pólipo del Océano

del pensamiento; cuando un libro brota de la pluma de Esquilo o de Manou, cuando San Juan en Patmos, escribe sobre sus rodillas, entre versos llenos de hidras y de vampiros, se ven palabras monstruos arrastrarse en sus obras prodigiosas.

*
**

¡ Oh mano impalpable ! ¡ Oh poder supremo ! Pones una palabra sobre un hombre, y este hombre, estremeciéndose, se seca y muere envenenado por su propia fuerza; se dispara una palabra vengadora que penetra en el costado de todo un mundo, y este mundo, arrastrando la espada, el cadalso, sus leyes, sus costumbres y sus dioses, cae desplomado. La palabra devora y nada se le resiste. A su hálito, ayudado por el alma y por la luz, se disipa lentamente la enorme obscuridad. Da su fuerza sombría a los hombres de hierro, a los hombres que nada doblega; hace pronunciar a Catón este monosílabo: *No*. Los grandes obstinados, Bruto, Colón, Zenón, hacen siempre brillar en sus pupilas esta palabra luminosa: «Esperanza». Logra abrir la boca de piedra de una estatua en el recinto donde duermen los muertos, y Don Juan tiembla y se queda petrificado; convierte al mármol en espectro y al hombre en estatua. Golpea, hiere, marca, resucita y mata. Nemrod dice: «¡ Guerra !» Entonces desde el Ganges al Iliso brillan las espadas y corre la sangre. «Amaos recíprocamente», dice Jesucristo; y esa frase brilla y reverbera en todo el universo, reflejando en todos, hasta en ti, Tiberio, en el cielo, en las flores, en el hombre regocijado, como el ardiente sol del amor infinito.

El día en que la tierra abrió su corola, el primer hombre dijo la primera palabra; el vocablo que salió de sus labios, y que oyó toda la naturaleza, encontró a la luz en los cielos y le dijo:—«¡ Hermana mía, vuela ! ¡ ciérnete ! sé eterna; alumbra a los astros; calienta el éter, las esferas, los globos ardientes, ilumina por fuera y por dentro. Vas a tener vida, como la tengo yo. Serás la lengua de fuego y yo seré el apóstol. Surge, desvanece la obscuridad, deslumbra al horizonte, haz nacer en la aurora, que yo valgo tanto como tú, que si tú eres el alba, yo soy la razón. ¡ Oh linda hermana mía ! vas a apoderarte del mundo, echándole la red de tu claridad; con tus rayos de oro vas a ligar las tierras, los soles, las flores, las olas, los campos y los cielos, y yo voy a atar las bocas, y sobre todos los hombres voy a tejer, con hilos de armonía y de luz, para prender todos sus corazones, la inmensa tela del amor. Yo existía antes que el alma. Adán no es más que un padre. Yo existía antes que tú; tú, hijo sin mí no hubieras podido salir del abismo en donde todo se arrastra encadenado; me llamo *Fiat lux*, y yo soy el hermano mayor.»

*
**

La palabra es omnipotente; desata el nudo con que el error liga al hombre; es rayo en las tinieblas y gusano en el fruto maduro; suena en una trompa y hace temblar una muralla, y Babilonia se tambalea y Jericó se desploma; incorpora en el pueblo, siendo ella

ma multitud; es vida, espíritu, germen, huracán, virtud y fuego, porque la palabra es el Verbo y el Verbo es Dios.

Jersey, octubre de 1854.

IX

El poema inconsolable se lamenta; el drama llora, y por medio de los actores extiende sus lágrimas; el público que siente y se enternece en aquellos momentos, entra luego en reacción y exclama:—«¡ Bah ! El autor es un hombre de talento, que, excitando las pasiones de los protagonistas de sus obras, se ríe de nosotros cuando ve que nos hacen llorar esos dolores imaginarios: cálmate, esposa mía; enjúgate los ojos, hermana.» Pero el público se engaña: el espíritu es el corazón; al pensador le hace sufrir su propio pensamiento,

que con sus llamas le abrasa; el poeta ha derramado la sangre que sale de su drama en los seres que creó. Viven con su propia vida, tiembla con ellos y muere como ellos. Todos esos seres por él creados le hacen estremecerse; cuando en la soledad y en el silencio trabaja, llora y pone su propio corazón en el drama; es un escultor, que en el silencio de su estudio petrifica su propia carne en la sagrada arcilla, en la que renace continuamente, y ese soñador que crea a Otelo de una lágrima y a

Alcestes de un sollozo, confundido con ellos se manifiesta en sus obras. En su génesis, inmenso y verdadero, uno y variado, el que sufre mal eterno se desdrama, sin agotar jamás su manantial de vida, por lo que es una especie de dios; es un genio, además de ser un hombre como los demás. Corneille es hijo de Rouen, pero su alma pertenece

ce a Roma; su pensamiento varonil es el de los Catones. Extraordinaria es la palidez de Shakespeare; antes que a Hamlet, le aguarda el fantasma en la áspera plataforma, mientras que en el horizonte va levantándose la luna; con el fugitivo Ulises, espantado, Homero huye por la playa a la hora del crepúsculo; San Juan se estremece, y en el fondo de su sombrío pecho toca a rebato el horrible Apocalipsis; Esquilo, Orestes camina y rugen en tu seno, y en tu gigantesco cráneo está clavado Prometeo.

París, enero de 1834.

X

A LA SEÑORA D. G. DE G.

En otro tiempo os decía: «Vivid y reinad, señora; os esperan los salones, los éxitos os reclaman; los deslumbradores bailes palidecen cuando los abandonáis; amad, reid, cantad; tenéis el esplendor de los astros y de las rosas; vuestras hechiceras miradas comentan vuestras conversaciones ligeras y graciosas; lo que vuestros labios dicen chispea en vuestros ojos. Parece que cuando algún pesar os atormenta, vuestras pupilas derramen perlas y no lágrimas; aun sufriendo sonreís. Vivid siempre festejada y dichosa, ¡ oh hermosa de los cabellos de oro !»

Ahora os veo pálida, grave, muda y transfigurada, y os digo: «¡ Ven a buscarme, poeta ! Ser misterioso, arcángel, haz que para mí sean diáfanos la tierra y el cielo; revélame con una palabra el obscuro enigma humano y el secreto del mundo; confirma en mi espíritu a Descartes o a Espinosa, porque tú sabes el verdadero nombre del que